

NEW LEFT REVIEW 90

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2014

ARTÍCULOS

SUSAN WATKINS La triple torsión de Europa 7

ENTREVISTA

BHASKAR SUNKARA Proyecto *Jacobin* 30

ARTÍCULOS

DANIEL FINN Repensar la República de Irlanda 47
FRANCESCO FIORENTINO La ambición 81
ENRICA VILLARI El deber 92
GOPAL BALAKRISHNAN Marx, el abolicionista I 102

CRÍTICA

VIVEK CHIBBER India irredenta 144
MICHAEL DENNING Diseño y descontento 152
BLAIR OGDEN Walter Benjamin 158

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Howard Eiland y Michael W. Jennings, *Walter Benjamin: A Critical Life*, Cambridge (MA), Belknap Press, 2014, 755 pp.

BLAIR OGDEN

UN REVOLUCIONARIO MÓVIL

Walter Benjamin: A Critical Life no solo es la primera biografía completa del filósofo en lengua inglesa, sino que es, de lejos, la más exhaustiva que se haya escrito en cualquier idioma, reemplazando con creces a todas sus predecesoras. Los autores han dedicado gran parte de sus carreras a Benjamin. Jennings, el editor general de la selección de Harvard en cuatro volúmenes de los escritos de Benjamin, es especialista en la cultura de Weimar, en particular la de vanguardia, en Princeton; Eiland, profesor de Literatura en el MIT, es coeditor de tres de los volúmenes y en la actualidad trabaja en un libro sobre la judeidad de Benjamin. La estrategia de su biografía autorizada toma la forma de una combinación entre una narración detallada de la vida personal de Benjamin y una exposición intelectual de sus principales escritos. La interpretación de la obra de Benjamin ha sido objeto de una célebre controversia desde que en 1955 Theodor y Gretel Adorno coeditaran los primeros dos volúmenes de la colección de sus escritos en alemán, seguidos por la selección que, en un único volumen, hicieron Adorno y Scholem de su correspondencia en 1966 (cada una de estas antologías fueron atacadas desde el movimiento estudiantil por tergiversar, de diferentes maneras, el pensamiento de Benjamin) y de la primera selección en inglés –*Illuminations*, de 1968– a cargo de Hannah Arendt, que presentaba una visión de Benjamin alejada de la de aquellos dos. Las agudas discrepancias sobre su legado han persistido hasta la actualidad.

En su introducción, Eiland y Jennings establecen el principio rector de su proyecto: «Los estudios previos de este escritor, ya sean biográficos o críticos,

han tendido a proceder de manera relativamente selectiva, imponiendo un orden temático que generalmente elimina regiones enteras de su obra. El resultado de ello ha sido con demasiada frecuencia un retrato parcial, o peor, mitificado y distorsionado. Esta biografía está escrita con el ánimo de hacer un tratamiento más integral, al proceder de una manera rigurosamente cronológica y centrada en la realidad cotidiana de la que surgieron los escritos de Benjamin, así como de proporcionar un contexto intelectual-histórico de sus principales obras». El resultado, por lo tanto, no será partidista: aquí, con suerte, pueden coexistir muchos de los aspectos conflictivos de la personalidad de Benjamin (el «comunista que echa fuego por la boca», el «neohegeliano de la Escuela de Frankfurt», «el místico judío mesiánico», el «cosmopolita judío asimilado» y el «deconstructivista literario *avant la lettre*»). El lema de su estudio se ha tomado de una de las descripciones que hacía Benjamin de su propio pensamiento, del que decía que constituía un «todo contradictorio y móvil». Esta formulación se convierte en el hilo conductor de la interpretación que los autores hacen de su obra: «Las futuras generaciones de lectores encontrarán, sin duda, sus propios Benjamin en el encuentro con ese “todo contradictorio y móvil” que es la obra de su vida».

Sobre estas bases, y ateniéndonos a su estructura, la biografía está abierta a la evaluación en dos registros distintos. En primer lugar, ¿qué nos dice de la vida de Benjamin que no sepamos ya (su participación temprana en la *Schwärmerei* [entusiasmo] romántica del Movimiento Juvenil previo a la Primera Guerra Mundial en Alemania; su matrimonio precoz, la amistad con Scholem y su refugio en Suiza para no ser movilizado; el rechazo de su doctorado sobre la *Trauerspiel* [tragedia]; el encuentro con Asja Lacis en Capri, la conversión al marxismo, el viaje a Moscú; la literatura, el periodismo, el divorcio; las relaciones con Adorno y Brecht; la pobreza y el exilio en París; el *Das Passagen-Werk* [Libro de los pasajes]; la huida a través de los Pirineos, el suicidio (un *vía crucis* muchas veces ensayado)? En segundo lugar, ¿en qué medida proyecta una nueva luz sobre la trayectoria del pensamiento de Benjamin y sus complejidades? Estas no son las únicas cuestiones planteadas por esta biografía. Pero son, obviamente, las más inmediatas.

Con respecto a la primera cuestión, es tal la densidad empírica de la reconstrucción emprendida por Eiland y Jennings de la trayectoria de Benjamin que es mucho lo que aprendemos de ella. Aunque la mayoría de sus hallazgos no son totalmente nuevos, lo que se desprende de ellos es suficiente para terminar de una vez por todas con una imagen fija que se ha popularizado de Benjamin como un «genio ignorado y marginal, con un pensamiento radical que solo la posteridad ha sabido apreciar», poco práctico y sumido en la pobreza, desafortunado en el amor y en la literatura, un «vagabundo enterrado en los libros», un «outsider de todos los tiempos». En realidad, después de su fracaso temprano en su intento de asegurarse

una habilitación para la docencia por su trabajo sobre la *Trauerspiel* –lo que no ha de extrañar, dada su dificultad–, Benjamin estaba lejos de ser una figura poco visible en la cultura del último periodo de Weimar, nunca falto de admiradores y con encargos frecuentes: un colaborador prolífico en una amplia gama de publicaciones, cuya *Einbahnstraße* [*Calle de dirección única*] cosechó críticas entusiastas, e incluso su *Ursprung des deutschen Trauerspiels* [*El origen de la tragedia alemana*] –una vez que apareció como libro en 1928– se discutió extensamente en revistas académicas, por no hablar de una de las revistas literarias principales de la época. Tampoco estaba, en ningún sentido, social o intelectualmente aislado. De hecho, a través de las páginas de Eiland y Jennings constatamos cosas tan llamativas como el número de personajes notables de uno u otro tipo que se contaban entre sus amigos, contactos, conocidos o simpatizantes. En sus últimos años en Alemania, estos incluyeron a Scholem, Bloch, Kracauer, Hofmannsthal, Auerbach, Adorno, Horkheimer, Anders, Arendt, Brecht, Korsch, Döblin, Moholy-Nagy, Curtius y Leo Strauss, por no hablar de sus compañeros de juventud. Como exiliado en Francia, en circunstancias mucho más difíciles, frecuentaba o estaba relacionado con Bataille, Klossowski, Monnier, Aron, Wahl, Gide, Paulhan, Malraux, Kojève, Leiris y Caillois. Tampoco allí fue su escritura ignorada, y *Das Kunstwerk im Zeitalter seiner technischen Reproduzierbarkeit* [*La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*] –en su traducción corregida por Aron– llegó a atraer la atención de Malraux, entre otros.

En términos materiales, también, Benjamin provenía de un ambiente más acomodado que Adorno, por ejemplo, y no le faltaron medios durante la mayor parte de su vida, viajando, coleccionando y jugando de una u otra forma hasta el final de la década de 1920. Lo que lo precipitó en la miseria final fue el maltrato a su esposa Dora, a quien explotó económicamente para luego divorciarse de ella de una manera tan fea que el tribunal le concedió a ella su herencia a modo de suma global en concepto de indemnización. Los detalles de esta historia, que sería un factor determinante en su vida, fueron sacados a la luz por primera vez con la publicación en 1991 por Hans Puttnies y Gary Smith de dos cartas angustiadas e indignadas de Dora a Scholem sobre la conducta de su marido, junto con el veredicto del tribunal al respecto, en su *Benjaminiana*. Dora, cuya nobleza de carácter brilla a través de la historia de los últimos años de Benjamin, nunca dejó de admirarlo como escritor y pensador, y no solo estuvo pronto dispuesta a perdonarlo, sino que continuó ayudándole siempre que pudo. Eiland y Jennings no siguen a Scholem, Puttnies y Smith, que culpan a Asja Lacis por manipular, presuntamente, a Benjamin con el fin de que se divorciara para poder obtener ella la ciudadanía alemana casándose con él. Tratan la parte sexual de la vida de Benjamin con sensibilidad y discreción, relatando sus relaciones con las mujeres sin caer en demasiadas especulaciones. De la propia

Lacis, o de su amor por ella, dicen más bien poco. Su revelación principal en este apartado es la de la probabilidad de una aventura con Gretel Karplus durante su noviazgo con Adorno, antes de que se casaran. Limitándose a la observación de que el patrón de las relaciones eróticas de Benjamin era típicamente triangular, no ofrecen de él un retrato psicológico, o incluso físico, comparable a la notable descripción que aparece en las memorias de una amiga lesbiana y más tarde sexóloga, Charlotte Wolff. El tenor de su biografía es contrario a ello. Calmo, metódico y juicioso, rara vez busca bajo la superficie. En la medida en que el efecto de tal abstención es desmitificar, puede considerarse un mérito. Pero también es una limitación, como queda de manifiesto si comparamos *Walter Benjamin: A Critical Life* con la prácticamente simultánea *Bertolt Brecht: A Literary Life*, de Stephen Parker. El trabajo de Parker es mucho más potente en tanto que estudio psicológico, no solo porque contiene una mayor cantidad de material nuevo y sorprendente sobre su objeto, sino también por su mayor ambición: Brecht emerge transformado de su biografía de una forma que Benjamin no lo hace.

La relación entre los dos hombres ha planteado siempre el asunto más polémico en los estudios sobre Benjamin: la naturaleza de su pensamiento político. Las dos interpretaciones dominantes acerca del mismo, las que expusieron, respectivamente, Scholem y Adorno, están imbuidas por una aversión común hacia Brecht y por la hostilidad hacia el comunismo, que tiene que ver con el sionismo de Scholem y, en el caso de Adorno, con la atmósfera de la Guerra Fría de la República Federal Alemana a partir de 1945. Eiland y Jennings, en este sentido, no comparten el sesgo de los dos interlocutores canónicos de Benjamin, si bien, a la hora de hablar de esta faceta de su vida, Scholem y Adorno no se mantienen en pie de igualdad. Tácitamente, su simpatía por Scholem es mayor, y en ocasiones lleva al camino equivocado. En el largo debate sobre cuáles pudieron ser las concepciones políticas de Benjamin antes de su conversión al marxismo en 1924, sostienen que el pensamiento del joven Benjamin no puede ser apropiado fácilmente ni por la derecha ni por la izquierda: «Así, mientras Benjamin podía leer con aprobación a Bakunin y a Rosa Luxemburg —“profundamente conmovido por [la] increíble belleza y significación” de las cartas de Luxemburg desde la prisión—, también era capaz de establecer una relación intelectual profunda con el conservador Florens Christian Rang y suscribirse de forma intermitente al periódico monárquico, reaccionario y antisemita *Action Française*». Esto, sugieren, es un excelente ejemplo de la totalidad contradictoria y móvil que es el pensamiento de Benjamin.

Es, sin embargo, significativo que en este punto le den la última palabra a Scholem, quien en su *Historia de una amistad* sostuvo que en aquella época los dos compartían el mismo punto de vista político, que él denomina «anarquismo teocrático»: una *Weltanschauung* [visión del mundo] individualista y

antisocialista. Esto es algo engañoso. Las convicciones del joven Benjamin son ciertamente discutibles, pero está claro que el cariz antiestatista e insurreccional que expresan textos como *Zur Kritik der Gewalt* [*Para una crítica de la violencia*] era ajeno al nacionalismo sionista de Scholem. Más adelante, en el penúltimo capítulo de *Walter Benjamin: A Critical Life*, los autores señalan que «Scholem siguió siendo, a pesar de sus dificultades, el lector más fiable de la obra de Benjamin». Este juicio está lejos de la realidad. Es posible que Scholem haya sido el amigo más fiable de Benjamin, pero ciertamente no era su lector más digno de confianza. De hecho, tal y como él mismo le confesó a Benjamin, apenas podía decidirse a tratar de descifrar los textos marxistas que él le enviaba desde París en la década de 1930. Famoso por defender la idea de una tensión profundamente improductiva en el corazón del pensamiento de Benjamin entre sus convicciones teológicas y las materialistas, en realidad (como nos recuerda el erudito israelí Baruj Kurzweil) en aquella idea estaba proyectando su propia versión idiosincrática de la ideología sionista, a modo de analogía con la relación entre la cábala y el judaísmo rabínico.

Adorno, por el contrario, recibe por parte de Eiland y Jennings un tratamiento mucho más crítico. Desde un punto de vista personal, tienen motivos para ello. El feroz ataque de Adorno contra Kracauer, su mentor un día y posible amante, estando este último exiliado en París, es un episodio vergonzoso en todos los sentidos; y su aversión al tono conminatorio de las instrucciones «asombrosamente intrusivas» de Adorno a Benjamin en 1939 con respecto a su obra sobre Baudelaire es igualmente comprensible. En las primeras etapas de su correspondencia Adorno se había posicionado a sí mismo como discípulo de Benjamin. Sin embargo, para aquel entonces Adorno había pasado a formar parte del círculo íntimo del Instituto de Investigaciones Sociales y, «consciente de que Benjamin dependía completamente del instituto para subsistir, sentía que podía dictar no solo la elección del tema, sino el tenor intelectual de la obra de Benjamin». Ensombreciendo esta inversión maestro-alumno, sugieren los autores, también puede haber actuado un deseo de mantener a Benjamin a una distancia segura de Gretel —ostensiblemente, no había invitado a Benjamin a su boda en Oxford—, que le llevaría a una «traición inconsciente» de su amigo al no hacer cuanto estuvo en su mano para asegurar su pasaje a Nueva York. Pero por cuestionable que haya podido ser o no el trato humano de Adorno hacia Benjamin, cosa distinta era su relación intelectual con él. En 1935, durante un periodo de intensas discusiones con Adorno y Horkheimer, Benjamin recibió el encargo de escribir una exposición de su floreciente trabajo sobre los pasajes. La cobertura de los debates que siguieron entre Adorno y Benjamin es la parte más débil de esta biografía. Aquellos forman un conjunto altamente productivo de intercambios sobre la naturaleza del progreso histórico, la eficacia del arte politizado y la relación entre los fundamentos

de la sociedad y sus superestructuras. Aquí, por desgracia, las conjeturas acerca de la rivalidad personal entre los dos hombres –por persuasivas que puedan ser– impiden cualquier análisis matizado de la aportación teórica de estos debates. De hecho, en el caso de *Das Kunstwerk im Zeitalter seiner technischen Reproduzierbarkeit*, Eiland y Jennings optan por ignorar las famosas discusiones que Adorno y Benjamin mantuvieron en torno al ensayo.

Más en general, sus propias inclinaciones disciplinarias obstaculizan la representación coherente de muchas de las obras clave de Benjamin. Eiland y Jennings se encuentran muy cómodos en las discusiones sobre literatura alemana y la cultura de Weimar, y sus introducciones críticas a los ensayos que constituyen el aprendizaje de Benjamin de las letras alemanas son a menudo excelentes. Sin embargo, cuando se trata de textos con un carácter expresamente político, están más perdidos. Por ejemplo, junto con *Zur Kritik der Gewalt*, de 1921, las famosas tesis contenidas en *Über den Begriff der Geschichte [Sobre el concepto de historia]* (1940) constituyen el texto dentro del corpus de Benjamin que teoriza explícitamente la naturaleza de la lucha de clases: Eiland y Jennings le dedican solo dos páginas y media, cuando el ensayo, mucho más leve, *Goethes Wahlverwandtschaften [Las afinidades electivas de Goethe]* recibe siete. Si subestiman su trayectoria política, no es por una hostilidad particular. Antes bien, sus compromisos revolucionarios son tratados con ecuanimidad a lo largo del libro, pero también con indiferencia, demostrando una falta de interés determinada en gran parte, sin duda, por el contexto posterior a la Guerra Fría, que los hace más susceptibles de ser considerados como una pose, parte ya de un pasado superado y, por lo tanto, inofensivo. Es la falta de curiosidad por las ideas políticas de Benjamin y su desarrollo, más que cualquier distorsión real de las mismas, lo que constituye una limitación de esta biografía. Es cierto que sobre esta cuestión la documentación es a menudo elusiva, pero no hasta el punto de imposibilitar un tratamiento más coherente o comprometido. Lo que se desprende más claramente es la atípica combinación benjaminiana de independencia e intransigencia de pensamiento. Su tiempo en Moscú le aclaró las ideas con respecto a la URSS; su percepción de la misma había sido alimentada por la admiración que sentía por los escritos de Trotski –una admiración que compartía con Brecht, para quien Trotski era «el más grande escritor vivo europeo»– y se mantuvo impasible ante las tácticas de la Internacional Comunista (en Francia, su apoyo al Frente Popular se fue marchitando). Una reconstrucción cuidadosa de su trayectoria tras su conversión al materialismo histórico en Capri se hace muy necesaria.

Sin duda, el mayor mérito de esta biografía es el de hacer que la «vida cotidiana» de Benjamin sea visible por primera vez al público anglófono. A lo largo de sus páginas aprendemos cosas sobre sus peculiares hábitos de escritura, la medida de su adicción al juego o sus enredos sentimentales.

Pero esto plantea a su vez una cuestión de carácter más filosófico en torno a la naturaleza misma de la «experiencia cotidiana». En la primera página de su autobiografía en miniatura que es *Berliner Kindheit um neunzehnhundert* [*Infancia en Berlín hacia 1900*], Benjamin hace una importante distinción entre las «contingentes» experiencias personales y la experiencia colectiva de una generación. A continuación pasa a relatar lo que para él constituyeron las experiencias arquetípicas de la juventud en el cambio de siglo. Del mismo modo, Benjamin siempre describió sus propias convicciones comunistas como el producto de la experiencia de toda una generación del hundimiento económico y del fascismo. Todos esos recuerdos colectivos están ausentes de las páginas de *Walter Benjamin: A Critical Life*. Al optar por una relación «rigurosamente cronológica» de la historia de su personaje, Eiland y Jennings han tratado de dejar que los hechos hablen, por lo general, por sí mismos. De este modo se han dejado en el camino ejemplos que el mismo Benjamin estableció, al escribir de la vida y obra de aquellos que lo influyeron (Baudelaire, Kafka, Kraus o Proust). Una manera más productiva de acercarse a su desarrollo intelectual habría sido utilizar la estrategia que el propio Benjamin emplea cuando toma una figura en particular para «destapar» una constelación histórica que la rodea. En lugar de privilegiar la personalidad de estos autores como la llave para abrir sus textos, Benjamin intentó constantemente excavar en ellos, en tanto que vestigios de las totalidades sociales de las que surgieron. Lo que le falta a esta biografía es un sentido real no solo de cómo el orden social y político de su tiempo conformó el pensamiento de Benjamin, sino también de las rupturas dentro de aquel orden. Eiland y Jennings a menudo recuerdan al lector que «Benjamin estaba convencido de que la historiografía tradicional, con su confianza en el tipo de narración que presupone una continuidad homogénea y un proceso inevitable en el cambio histórico, está destinada a ocultar los momentos revolucionarios en el acontecer de la historia». Sin embargo, los autores no llegan a caer en la cuenta de que su propio tratamiento de la vida-historia de Benjamin corre el riesgo de hacer precisamente eso. En el caso de un pensador que dedicó tanta energía a tratar de desmontar las formas tradicionales de la historiografía, el resultado de esta biografía es inevitablemente una fuerte disonancia entre forma y materia.

¿Cómo hacer, entonces, un balance? La figura de Baudelaire nos da una pista. *Walter Benjamin: A Critical Life* aventura la tesis de que en sus vidas había un paralelismo: «Las características más destacadas de la biografía de Baudelaire —el poeta sin un céntimo condenado, por falta de reconocimiento, a un exilio interior, y luego, al final de su vida, a un exilio autoimpuesto en Bélgica— se ajustan mucho a la situación del propio Benjamin». Sin embargo, consideran que la correspondencia más profunda entre Benjamin y Baudelaire es de carácter filosófico, en el sentido de que ambos marcan

profundamente la manera en que entendemos la modernidad: su sentido del tiempo, su barbarie velada. La comparación podría ser provocativa por otras razones. Cuando Benjamin comenzó a escribir sobre Baudelaire a finales de 1930, reconoció que estaba rescatando al poeta del dominio del mito. En ese momento la visión hegemónica de Baudelaire, propuesta por poetas como Stefan Georg, partía de sus escritos místicos o de sus visiones políticas reaccionarias. De ahí que, cuando Benjamin empezó a trabajar sobre Baudelaire, escribió que para rescatar al poeta sería necesario romper con los «límites del pensamiento burgués». Su reinención de Baudelaire como la quintaesencia del individuo moderno –alienado, desplazado, saturnino– ha alcanzado tal celebridad que es hoy convencional. Desde que se convirtió en objeto de atención de los estudiosos en la década de 1980, un Benjamin desradicalizado ha ido haciéndose dominante en el mundo académico. Tal vez se haya producido una extraña inversión dialéctica, y sea el entendimiento común de Benjamin el que esté ahora por caer en el mito.